

Capítulo 1

Lágrimas de rubí

Algo se le clavó en las costillas. Blanca miró entre las sábanas. No había nada, sólo los cinco cercos que dibujaron sus lágrimas al caer.

La niña se entristeció al leer que el Usurpador había hecho prisionero a Coco y cuando se imaginó a Bruno encerrado en la húmeda mazmorra, ya no pudo contener el llanto. Los ojos del pequeño trasgo se habían apagado y de ellos, decía el libro, habían brotado tres lágrimas de rubí.

“¿Qué podía hacer para ayudarlos?”, se preguntó la niña. Nada más que seguir leyendo. Era la única respuesta que encontraba.

Su madre le pidió que apagara la luz hacía ya tiempo y ella había obedecido. Apagó la lámpara de la habitación y luego sacó de su cajón de los secretos una linterna. No podía abandonar el libro. No podía abandonar ese libro. Algo le decía que era importante que siguiera leyendo. Por eso construyó una cueva de paredes de edredón y allí se agazapó hasta que terminó el capítulo.

“Uno más”, pensó. “Leo uno más y apago la linterna. Además, ahora no sería capaz de dormir. No sin saber que sucedió con Coco y sus amigos.

Pasó la página y se encontró con un torrente de hojas en blanco. “No podía ser. ¿Qué clase de broma era aquella?”

¿Cómo era posible que la hubieran dejado así, sin saber el final de su cuento? ¿Sería culpa de la escritora, una tal Ninfa del

Bosque, que se había quedado sin imaginación para continuar? ¿Del editor tal vez? No, no lo creía. Su padre trabajaba en una editorial y sabía que un libro no iba a imprenta sin que lo leyesen, por lo menos, cinco personas. Era imposible que tantos pares de ojos no se hubieran dado cuenta de que el final estaba en blanco.

Fastidiada derribó la cueva para arrojarse con ella y apagó la linterna. Trató de acomodarse de un lado, luego de otro, pero algo insistía en clavarse en su espalda. Al final se dio por vencida. Encendió la luz y tiró las sábanas al suelo. El colchón quedó al descubierto y sobre él... Sobre él, justo donde habían caído sus lágrimas, brillaban cinco esmeraldas.

Blanca se quedó paralizada con la boca abierta. Sin embargo, su cerebro trabajaba deprisa. En un santiamén había unido todos los cabos sueltos, tejió una cuerda con ellos y pudo, al fin, trepar hasta ver el significado de aquella historia. Sin lugar a dudas, Coco y Bruno la necesitaban.

Corrió hasta el salón, procurando hacer poco ruido. No quería despertar a sus familia. Sería un engorro tratar de explicarle a sus padres lo que sucedía y sus hermanos seguro querrían acompañarla. Pero no, esta era una aventura peligrosa, algo a lo que sólo ella debía enfrentarse.

En la chimenea aún humeaban los rescoldos del fuego. “Segundo ladrillo de la derecha”, recordó.

Estaba suelto. Sin dificultad pudo sacarlo de la pared y en el hueco colocó las cinco esmeraldas.

-Trasgos, trasgos- llamó-. Abridme. Soy Blanca y vengo a ayudar a los Seres Fantásticos en la lucha contra el Usurpador.

Al instante, la pared derecha de la chimenea se separó de las otras y entre las sombras se asomaron dos llamas ilusionadas.

Eran los ojos de un trago.

-Blanca, qué alegría que vienes ayudarnos. Te necesitamos. Sin ti el mundo de los Seres Fantásticos desaparecerá. Entra en nuestros túneles. Nosotros te guiaremos hasta la chimenea más cercana al bosque de Ambrosía y desde allí podrás llegar al castillo del Usurpador y liberar a nuestros amigos.

Blanca asintió y se metió en el agujero abrazando con fuerza el libro. Lo último que vio antes de abandonar el Mundo Real fue el resplandor de una farola reflejándose sobre la portada. En ella se leía en letras de plata:

“Coco, el fantasma poeta. Escrito por la Ninfa del Bosque”